

Trazos Pulsados en la profundidad de lo bello.

«Habla, pero sobre el escenario de las cenizas,
habla, pero desde el fondo del río donde está
la muerte cantando»

Alejandra Pizarnik

Malear los cuerpos como se malea la arcilla, volverlos contorno indefinido, límite impreciso, pura materia, lo informe, otra cosa. Y de ese modo, mutar lo real, volverlo desconocido y extraño a nuestros ojos. Es en esa perspectiva que los trazos de Hansjürg Buchmeier parecen pulsarse.

Estoy frente a uno de sus dibujos, trato de aguzar la mirada, de esforzar el ojo para mejor definir en ese caos de los cuerpos un contorno que me prodigue la certeza de una figura. Pero todo esfuerzo es vano. Entre lo que creo ver y lo que se muestra, hay un abismo. Un hombre y una mujer copulan, y un brazo que desde ellos se eleva se transforma en otra cosa (Toro-buey-caballo-bestia). Un párpado se abre y se desvía buscando luz en una lámpara lánguida que nada ilumina. Una multitud deambula hacia el vórtice de la nada o en la nada sus miradas se sostienen. Estos dibujos me desconciertan, me expulsan, me arrojan sin piedad en los exilios de la certeza. Arremeten sobre mi universo de creencias.

Como espectador estoy asediado, entonces decido abandonar esa imagen y pasar a otra escena. Pero no hay concesiones, la línea huye de la definición clara, se abstiene de lo diáfano, o en todo caso insiste en ofrecerme de manera sublime lo que yo no deseo mirar.

Y la imagen puede cambiar. Y ahora no son dos, sino diez los cuerpos. Y ya no copulan en el amor sino en la muerte. Se violentan. Apilados, confundiéndose con lo informe, a veces sin rostro, señalan sobre sí el estigma de cierta soledad y cierta ausencia. La lámpara se obsesiona en iluminar lo iniluminable mientras una boca se abre y un cuerpo se extiende para recibir en su centro el beso bello de la muerte.

Si tuviera que definir estos dibujos diría que todos ellos están tramados en una sintaxis gráfica cadavérica, en la que el horror instala su fuerza bellamante.

Quito mis ojos del cuadro, me niego a seguir contemplándolo, pero la sensación que en lo inmediato siento es la de que una vez descubiertos, ellos demaandan y exigen mi mirada. Aún más, esos cuadros, esos grafos que se combinan en cromatismos oscuros y por momentos rutilantes, se ofrecen a mí, especularmente.

Hablan de mí, y entonces reconozco con sorpresa que el horror no está sólo en ellos, sino dentro mío, ahora, habitándome. Mi rostro me mira desde el cuadro. En él me posee. Los dibujos de Hansjürg dicen de la fragilidad de lo humano, de su calidad vulnerable, de su levedad, de su potencial destrucción y metamorfosis. Y entonces comprendo que esa bestia que se asoma desde un muslo, que ese alarido mudo que recorre los cuerpos invasivamente, no son producto de, sino anteriores, intrínsecos, propios a esos cuerpos, al mío, que está allí, frente al cuadro, contemplándolo.

Todos tenemos algo siniestro que celosamente ocultamos, todos resguardamos un sueño abominable, un deseo indecible, una muerte anhelada. Recuerdo en estos instantes el film de Orson Welles, «El proceso», en el que una mujer lleva a K hacia un lugar alejado para enseñarle su mano extraña en la que se teje la piel tersa y fina de los palmípedos entre los dedos. Recuerdo ahora el film «La piel» de Liliana Cavani en el que no se hace otra cosa que insistir en que toda piel al rasgarse purga hacia lo externo lo horrible de lo que estamos hechos y que llevamos

dentro: vísceras, músculos, excrementos. Recuerdo también la belleza armónica de los textos bataillanos contruidos en la amalgama exacta, en las bodas entre el amor y la muerte. Recuerdo por último la belleza que Bataille encuentra en la foto del Suplicio chino y que él integra magníficamente en su estudio sobre el erotismo.

Todo eso asocio y memoro con mis ojos cuando veo los dibujos de Buchmeier. Me resisto a pensar que él construya un arte de denuncia, por que eso sería encasillarlo, no comprenderlo. El es un inteligente artífice, un mediador maldito entre lo horroroso y su imposibilidad de nombrarlo. Por eso las líneas que él traza huyen y no definen, es como si su propia mano de artista estuviera pulsada en el miedo y el delirio. Es el fantasma de lo pavoroso, es la asfixia de este infierno que habitamos todos los días bajo la luz diáfana del sol, los que guían su lapiz o su pincel.

Si fuera dada la posibilidad de dotar de voz a estos cuadros, yo escucharía de ellos el gemido como la musicalidad en la que se sostienen, el alarido como la materia sinfónica en la que se arman. O tal vez sólo ruidos, fragmentos de la lengua, balbuceosa agónicos, restos. Nunca la voz completa, la frase acabada, humana y tranquila.

Insisto en pensar la relación de estos dibujos con la belleza. Lo bello y lo horroroso allí no hacen nupcias, no se reúnen, sino que ambos son lo mismo, indiferenciados, comulgan el mismo espíritu

Hansjürg Buchmeier es un impertinente que se atreve con magistralidad a quebrar la imago de ilusionens, a señalar mientras sonrío el sitio en el que el fuego devora y consume, donde nada promete, también el lugar donde podemos volvernos ceniza, carroña, aire muerto.

Me acicatea en este instante la memoria de un poema de Alejandra Pizarnik, exacto, diminuto. El dice acaso más que mis palabras. Lo inscribo porque él está depurado en la misma lengua, en el mismo idioma de estos trazos alucinantes.

«La muerte siempre al lado
escucho su decir
sólo me oigo.»

Rubén Chababo, La Habana, diciembre 1989